

Aportes teóricos

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA UNIVERSIDAD CON LA REVOLUCION

Conversación con los estudiantes

En julio de 1965 un grupo de dirigentes estudiantiles planteó a Rodney Arismendi cerca de 50 preguntas sobre el marxismo, la Universidad y el papel del estudiantado y los universitarios en el proceso de la revolución latinoamericana. Arismendi respondió con una conferencia ante seiscientos dirigentes y militantes del movimiento estudiantil universitario, de variada tendencia.

La conferencia se subdividió en dos partes: la primera corresponde al análisis teórico de la función de la Universidad y sus contradicciones, publicada bajo el título de "Encuentros y desencuentros de la Universidad con la revolución"; la segunda fue redactada más tarde, con más extensión y publicada como parte del libro "Insurgencia Juvenil".

Al haberse cumplido en el mes de julio 40 años de esta conferencia la Fundación ha resuelto reeditar parte sustancial de la misma por considerarla de enorme interés.

Compañeros:

Los organizadores de esta asamblea -exigentes y osados- me han impuesto la obligación de abarcar un temario por demás ambicioso. Pienso que aun extremando el esfuerzo de síntesis, éste no puede ser examinado durante el tiempo de una sola exposición. Surge de aquí una primera e importante dificultad como es la de cruzar sobre cuestiones hondas y multiformes apenas si a vuelo de pájaro.

Empero, no hemos rehuido su tratamiento. Porque si atribula esta imposibilidad de considerarlas hoy de modo total, nos sentimos obligados a participar en la dilucidación por su carácter vivo y perentorio. Estos puntos no han sido puestos en el orden del día por una episódica o presuntamente vocacional inquietud estudiantil. Concretan ciertos interrogantes de gente dispuesta a contribuir a la hora revolucionaria. Corresponden a la preocupación avizora de quienes participan de la irrupción de los estudiantes y la intelectualidad avanzada, en la pertinaz brega social y nacional que se derrama por Iberoamérica. Al nivel de nuestros pueblos, estos temas ya no se manejan -¡felizmente!- ensombrecidos por angustias metafísicas o esterilizados por la búsqueda de una mitología a la moda. Por el contrario, traen pegadas al cuerpo las huellas de haber estado revolcándose en la tierra -a veces empapada en sangre- de nuestro presente "matinal". Y esto les confiere una desbordante salud; antes que nada son problemas de un quehacer redentor, el "rescate de nuestras patrias" oprimidas y expoliadas. Al establecer esta prevalencia no estamos concediendo nada, en principio, a quienes piensan que el menosprecio de la teoría, las especies del empirismo y el pragmatismo desprestigiados en otros campos, rinden honorarios en el plano de la práctica revolucionaria, o cuando menos, en el terreno circunscripto de la política diaria.

Con Lenin proclamamos que no hay práctica revolucionaria, ni aun en la inmediatez táctica, sin una teoría que la guíe, y sin que se recreen ambas en la inseparable y fértil conexión. Por suerte, nuestro temario que, en cierto sentido, participa del diálogo aséptico de las academias -quito todo significado peyorativo al término- se integra hoy cómodamente en el temblor

esperanzado de masas que avanzan hacia la revolución, mejor dicho, que la están haciendo en nuestra Iberoamérica.

Es -como gustan decir ustedes- una "problemática" compleja. Caben en ella las preguntas con que la intelectualidad de nuestro continente escruta sin reposo el destino de estas tierras dramáticas; o sea, el gran tópico de una cultura nacional y popular, tema éste que aquí no puedo siquiera tocar¹.

Es que, compañeros estudiantes, cuando amigos y enemigos vemos que la revolución liberadora no es sólo perspectiva en el continente, sino que es carne de la carne de la hora que cruza fugaz y permanente, del minuto en que somos, las tesis acerca de la Universidad y del desempeño estudiantil, si se piensan a la profundidad del hueso, sólo pueden estimarse en cuanto a las coordenadas de revolución y contrarrevolución. ¡Y nuestro tiempo es revolución! Desde octubre de 1917, la calle principal de la historia fue abierta por la revolución socialista. Lenin nos previno: nadie debía esperar una línea recta como la Perspectiva Nevski. Y a esa calle principal han ido desembocando, enroscándose más bien, todas las vías de nuestro tiempo, avenidas y callejuelas, corredores y atajos... Y el viento que Alejandro Blok sintiera levantarse renovador sobre el planeta, sopló hasta la tempestad, al sumársele las ondas de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes. Nuestra América Latina siente esparcirse por sus tierras este hálito poderoso y conjugado. Cuba lo está probando. Y, claro está, que cuando rugen a este ritmo las tormentas de la historia, se refrescan las cabezas de muchos catedráticos, la calle invade el aula y se levantan como alas las manos de una muchachada dispuesta a arrancarle al cielo sus estrellas, para poder contar si tienen cinco puntas.

I

EL ESTUDIANTADO, ACTOR DEL DRAMA OPTIMISTA DE IBEROAMERICA

¿Quién puede dudar que en todas las esquinas de nuestra Iberoamérica voces agudas o broncas de una fervorosa mocedad estudiantil resuenan como pregones no sólo de una inquietud universitaria, sino de una revolución nacional liberadora en marcha? Y si es menester limpiarnos de todo mesianismo estudiantil y universitario -concupino muchas veces de la maltrecha teoría generacional que en las últimas cuatro décadas ha estado de turno y, a veces, para todo servicio- sería prueba de una miopía sin remedio no advertir la presencia infaltable de los estudiantes entre los actores destacados de este drama optimista que a partir de Cuba nombramos como la segunda guerra de la independencia.

Esta presencia estudiantil que va llevando tras ella al universitario como capa social, y a la Universidad como escenario de una aguda lucha de clases, se destaca por su pertinacia, se extiende innumerable, se califica y concreta, se supera ideológicamente. Hoy, las teorías generacionales cuelgan en la ropavejería junto al olvidado ensayo de Ortega y Gasset acerca de la "misión de la Universidad", aunque a veces algún suprarrevolucionario hurgue en ellas, para apuntalar con trastos ideas prematuras.

"Obreros y estudiantes, unidos y adelante"

Los estudiantes y una parte de los universitarios han concretado su antimperialismo, han definido su beligerancia democrática, han resumido en nuestro país en una consigna (*"obrero y estudiantes, unidos y adelante"*) la noción estratégica de la alianza con el proletariado, clase avanzada, protagonista de nuestra época, la clase que encarna por excelencia el sentido profundo de nuestro tiempo, la revolución socialista.

¡Adviértase la proyección de este grito! Él alborota al oligarca y encrespa a su hijo el señorito que debe recoger en la Universidad destrezas técnicas y argucias jurídicas para gobernar, o simplemente dar lustre a la presidencia de la sociedad anónima, rural o industrial, con un certificado o un título. Promueve el sobresalto del político de la gran burguesía conciliadora que ve alzarse *esta palabra de orden* como un muro, en su juego doble y habitual de soborno del universitario. Y es lógico que el gorila gruña cuando los vientos revolucionarios de nuestra América esparcen esta frase como un eco augural.

Claro está, su trascendencia no puede escapar a nadie. Formalmente se repite o evoca alguna de las hermosas frases de los reformadores universitarios que, del 18 al 30, hicieron vibrar sus dianas rebeldes en las urbes principales de la América nuestra. Pero esta vez, el contenido es otro, y aun la forma se ha ido precisando hasta bruñirse en una noción estratégica.

Para medir el trasfondo socio-político que hoy representa y por lo tanto su valor como "idea-fuerza" en la transformación nacional y social de nuestros países, además de registrar el escozor alérgico de las clases dominantes, conviene valorar esta consigna ("*obreros y estudiantes, unidos y adelante*") a la luz de una referencia más próxima a nosotros aunque más lejana en el tiempo. José Carlos Mariátegui, testigo lúcido de la insurgencia universitaria, luego de apreciar los méritos de este movimiento puesto a andar en 1918 y que se propaga a lo largo de la década del 20 como una marejada, anota que el proceso de agitación universitaria en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etcétera, "acusa el mismo origen y el mismo impulso". "*La chispa es casi siempre un incidente secundario, pero la fuerza que la propaga y la dirige viene de este estado de ánimo, de esta corriente común.*". "Los estudiantes de toda América Latina, aunque movidos a la lucha por protestas peculiares de su propia vida, *parecen hablar el mismo lenguaje*". Explica que él se conecta al temporal revolucionario de postguerra cuyo hecho central es la Revolución Rusa; tras sus conceptos difusos, el joven siente que se lo convoca a cumplir "una función heroica y realizar una obra histórica". La crisis mundial invitaba a los pueblos latinoamericanos "con insólito apremio a realizar y resolver sus problemas de organización y crecimiento". Y luego verifica: "*La ideología del movimiento estudiantil careció al principio de homogeneidad y autonomía*". Únicamente -dice Mariátegui- "*a través de la colaboración cada día más estrecha con los sindicatos obreros, de la experiencia del combate contra las fuerzas conservadoras y la crítica concreta de los intereses sin principio en que se apoya el orden establecido, podían alcanzar las vanguardias universitarias una definida orientación ideológica*"².

Combate y crítica, artífices de la nueva conciencia estudiantil

Esta condición que señeramente Mariátegui le pedía entonces al estudiantado ¿no es justamente el rasgo más interesante del movimiento universitario de nuestros días? En aquella hora quizá aún no se habían creado las premisas para su ocurrencia. Ni el movimiento obrero ni el estudiantil estaban en condiciones para ello. El curso del desarrollo capitalista se aceleraba luego de la guerra; los líderes de la Reforma debían elegir entre ser partícipes del proceso de formación de los partidos comunistas, elevándose a la conciencia marxista-leninista- lo que hicieron Mella, Agosti, González Alberdi³ - y tantos actuales militantes destacados del movimiento revolucionario comunista o transformarse en ideólogos del reformismo burgués, volverse nacional-reformadores. Haya de la Torre -prescindamos de su pintoresquismo y su vocación zarzuelera- es quizá el ejemplo más típico, inclusive por ser hoy -también típicamente- el personaje venal y grotesco del entreguismo peruano. Cuando Haya rompe con Mariátegui invoca ideológicamente la necesidad de aclimatar el marxismo a los "métodos criollos" y al "caudillismo" iberoamericano. Según él, tácitamente se trataba de "ser prácticos", de encontrar los caminos concretos, propios del país, aislados de la

revolución mundial, para definir los objetivos transformadores en grandes partidos de masas. Más tarde buscaría en el Kuomintang la imagen de tal partido.

Su experiencia se parece a la de algunos de nuestros recientes innovadores de los partidos tradicionales. Concluyó donde debía concluir. ¡Pero qué distancia insalvable guardan en nuestra época estos personajes con la mayoría del movimiento universitario!

Es que el grito de guerra de los estudiantes uruguayos -todavía sea o no, conciencia teórica transformadora, lo que supone una praxis revolucionaria socialista- ya está integrado en el proceso activo de la revolución nacional-liberadora. En ella, más que espejo, es hoy uno de los alfareros del futuro. Por eso es un grito desnudo; no condice con la chafalonía política, ni puede ataviarse ya con la oratoria de ocasión. Sigue ofreciendo al historiador o al sociólogo material precioso para ser cronista e intérprete del movimiento uruguayo y continental; pero - ¡felizmente!- además de grito es definición: *está señalando que luego de la noción estratégica fundamental de nuestra revolución -la alianza de los obreros y campesinos- la intelectualidad avanzada, y en su primera línea la juventud estudiantil, son un ingrediente indispensable de este plato que está cocinando la "maga historia" en su caldero* -gloso palabras de Marx- *y cuyo crepitar se oye desde el Caribe hasta nuestro confín austral.*

Condición social y superación ideológica

Es natural pues, que si por un lado, la mayoría de los universitarios, como integrantes de las capas sociales intermedias, se sienten sacudidos por la crisis de la sociedad y tienden con ardor aunque con hesitación ideológica hacia la revolución; por otra, es también natural que muchos entre ellos rebasen las fronteras mentales de su clase para adherir al socialismo, para elevarse ideológicamente a la condición de revolucionarios de la clase obrera.

¡Y éste es el tiempo de la revolución socialista!

¡Cuántos luchadores de la pequeña burguesía intelectual, particularmente de esa cantera de combatientes y mártires que es el movimiento estudiantil latinoamericano, se han ido incorporando a las filas comunistas, al marxismo-leninismo! ¡Y cuántos vendrán aún! Baste recordar el proceso de la revolución cubana. Entre las numerosas originalidades de esta primera revolución socialista en América, se puede verificar no sólo el gran papel que como parte de una capa social desempeñaron los estudiantes, sino el hecho mismo de que su jefe fuera -antes que nada- por militancia y extracción social, un típico estudiante revolucionario de esta sacudida América nuestra. Creo que nuestro amigo Fidel Castro no sentirá disminuir su poderosa personalidad y su condición de jefe comunista porque lo ubiquemos, por origen, en tal torrente de la revolución. Tampoco ello da lugar para que pretenda nadie extraer una conclusión diminutoria del papel hegemónico de la clase obrera en la revolución nacional-liberadora. Es que la historia -ceñida a leyes rigurosas- hace a veces trampas como un fullero de calidad. Entre las numerosas "astucias de la historia" que ofrece la revolución cubana, quizá la más prominente sea esa elevación de Fidel Castro y de muchos de sus compañeros de hazaña, a través de la propia obra victoriosa antimperialista y democrática, a la inteligencia teórica del conjunto del movimiento, a la ideología socialista, tal como lo auguraran en el lejano 1848 Marx y Engels en el Manifiesto Comunista.

Hoy vivimos una hora nueva en el movimiento universitario: su incorporación, desigual y titubeante, pero su incorporación, como un caudal o vertiente del movimiento antimperialista democrático que recorre Iberoamérica. En el fuego de la lucha, en función de la fortaleza de la clase obrera y del vigor militante de su ideología socialista, se torna su aliado valeroso y decidido, e inclusive, sus figuras más destacadas se incorporan a la ideología del proletariado, al marxismo-leninismo.

¿Hay un ciclo fatal que va de la radiante juventud a la madurez traidora y filisteá?

Estas afirmaciones -que, en última instancia, recogen los hechos de una realidad iberoamericana en veloz transición- nos están diciendo que cuando hablamos de los universitarios como integrantes -mayoritariamente- de una capa social, no debemos limitarnos a su avanzada estudiantil. En términos generales, los estudiantes -como toda la historia se ha encargado de probarlo, aquí no es menester ya el análisis teórico- son una antena sensible del subterráneo temblor revolucionario. Y hoy se elevan cada vez más, de la situación refleja y de la pretensión populista de ver en el proletariado una especie de gigante ciego que ellos iban a iluminar, a los planos de una militancia más consciente por la revolución. Pero con ello van arrastrando tras de sí a otros sectores de la Universidad, a su vez maltratados económica, política y culturalmente por la profunda crisis de las sociedades latinoamericanas.

En consecuencia, tanto si observamos este proceso en curso, como si tomamos en cuenta que en muchos de nuestros países el universitario -genéricamente hablando- es porción de las capas medias, parte de sectores sociales sujetos a la opresión nacional y social del imperialismo y las clases dominantes, con su cuota de frustraciones específicas de índole cultural y profesional ¿podemos hablar sólo del estudiante? ¿Es que cuando señalamos a las capas medias como aliadas del proletariado en la revolución, podemos prescindir de que gran parte de los que hoy llamamos *universitarios* pertenecen a esas porciones de la sociedad? ¿O acaso puede considerarse como fatalidad la deserción, cuando el ardor estudiantil se aquietta y el título aleja de la Universidad? ¿O cuando el profesionalismo, inserto en las duras leyes de la sociedad capitalista, y las necesidades económicas personales, elevan a una parte a la condición de contralor del movimiento obrero en la fábrica, a otros al cuadro político jurídico del ejercicio del poder burgués, o a otros a sufrir la presión de la crisis de estructura y las insatisfacciones de su sueño de profesional o de representante de la cultura o de la técnica, contradichas por un régimen social que es incapaz de resolverlas básicamente? ¿O que apenas les permite evadirse en un presunto aristocratismo intelectual que es también una forma de alienación?

Pensamos que no. No es fatal que la hora de la insurgencia juvenil sea sustituida por la entrega o por esa mezquindad filistea que captó André Spire⁴ en su conocido poema acerca de las estudiantes.

Este verso amargo que toma por tema las estudiantes, podría en realidad documentar la trayectoria de tanto universitario que, más allá del fervor estudiantil, transitó en la hora del doctorado hacia el carro de los partidos tradicionales, los equipos de las clases dominantes o hacia el olvido de la lucha social en la República.

Pero ¿podemos pensar que esto es fatal? ¿Podemos creer que este temblor que sacude al universitario, que conmueve la Universidad y que más allá de ella desborda y toca una capa social muy vasta, las capas medias y a los intelectuales de estos países, confrontándolos al imperialismo y a las oligarquías dominantes, lleva desde ya el estigma fatídico como un destino, del alejamiento del pueblo, del proletariado, de la traición del profesional y del docente universitario?

¿Pero acaso la Universidad no vive en su seno el drama de la sociedad y el presentido desenlace de la revolución? ¿Qué son los universitarios?

¿Cómo se debe valorar a la Universidad en relación al proceso revolucionario de América Latina y según el pensamiento marxista-leninista que considera la lucha de clases el motor del desarrollo de toda sociedad dividida en clases?

Y aunque por lo dicho nuestra opinión ya es clara y explícita, conviene seguir un poco más esta indagación.

II

ESTIMACION SOCIOLOGICA DEL UNIVERSITARIO

Insistamos en lo primero. Cuando hablamos de los universitarios hay que pensar en categorías dispares, en el estudiante, en el docente, en el profesional. Bien recientemente, Mario Benedetti⁵, en su última novela ha tipificado en un profesor de la Facultad de Derecho, la fallutería de una clase; la traición a la Universidad, al político-negocista “culto”, inspirador de las clases dominantes de nuestro país, entre mascullar códigos, dirigir fábricas o enjuagar negociados en los secretos de las cajas negras.

Es decir, hablamos de personas surgidas de las capas sociales medias, pero que en su mayoría caen dentro de esa denominación genérica de intelectuales, de acuerdo al criterio del marxismo. Esa definición se refiere a capas sociales intermedias, no homogéneas, pero que abarcan no sólo al estudiante, sino también al profesor, al profesional universitario, al artista, al escritor. De antemano excluimos de ella toda idea de cohesión social e ideológica; sabemos que hay títulos universitarios en la Asociación y en la Federación Rural, en la Asociación de Bancos y en la OEA, pero sabemos también que la mayoría de los profesionales universitarios y grupos cada vez más significativos de docentes, corresponden a la inquietud de las capas medias confrontadas con la crisis de la estructura social, con la dominación imperialista, aferradas por la mano de la inquietud económica, abrumadas por la caricatura o muerte de sus sueños, por la quiebra de las grandes palabras que no soportan la cruda luz de la realidad, por la imagen de una sociedad gobernada por los grandes intereses enlazados a los bancos, los terratenientes, los sectores monopolistas de la industria y los representantes financieros o políticos de los imperialistas, por las camarillas gobernantes.

La mayoría de los estudiantes -especialmente- son hijos de una pequeña burguesía sacudida y en parte radicalizada, que es partícipe potencial de la revolución antiimperialista y también, potencialmente, es fuerza que en su mayoría puede transitar con el proletariado hacia etapas superiores, la revolución socialista. Y si bien los cuadros de los docentes y profesionales universitarios no reflejan aún el tono y las notas vibrantes que las capas más radicales de la pequeña burguesía arrancan del movimiento estudiantil, en gran parte también pertenecen a esas capas medias, y en su actividad cultural o profesional, como lo decíamos, chocan con los marcos de una sociedad corroída por la más profunda crisis.

Del Plan Camelot a la sociología de las "elites circulantes"

No en balde el imperialismo norteamericano dedica hoy una atención especial a la penetración en las universidades de América Latina. Dirige su maniobra desde los sinuosos caminos del plan Camelot y otras "investigaciones", hasta los seminarios que acuñan como valor adquirido la concepción sociológica profundamente reaccionaria acerca de las “elites” como factor determinante de la evolución social. Es el trabajo que le asigna a la OEA para la penetración de las universidades o de los institutos de estudios agrarios, son las becas y el cortejamiento de las autoridades de la enseñanza al amparo de notorias carencias presupuestales, es el intento del soborno y conquista de sectores de la intelectualidad para incorporarlos al carro del dominador. Su trabajo corresponde a la captación que en otro plano se hace de los cuadros militares por la Junta Interamericana de Defensa, o al soborno de sectores de la burguesía nacional a través de la Alianza para el Progreso o al gastado expediente de formar y comprar líderes sindicales en la caduca y decadente ORIT, golpeada por la lucha de clases y el despertar nacional en el Continente.

Teóricamente, frente a la concepción de que los universitarios provienen de capas sociales potencialmente aliadas del proletariado, partes de un frente común antimperialista,

antilatfundista y posibles transeúntes hacia etapas superiores como la revolución socialista, la sociología norteamericana pretende que los universitarios y los intelectuales constituyen *una clase social*⁶ nueva que va tomando la dirección de la sociedad.

Ya en su época, el vocero de la oligarquía financiera norteamericana J. Burnham, trotskista transformado en tecnócrata y propagandista de la geopolítica, afirmaba que el Estado capitalista-imperialista, había demostrado la superación de Marx porque había generado la revolución "de los directores", de los "managers". Mucho más claro es el planteamiento bebido en Pareto que se encuentra en la orientación sociológica que domina la Universidad norteamericana, y cuyo más habilidoso y documentada expositor es Sorokin. La sociedad sería un movimiento permanente de "elites"; los cuadros mejores de las clases bajas en un momento determinado transitan hacia las clases altas; se produce un movimiento de dirigentes y dirigidos, no de clases opresoras y clases oprimidas. Los intelectuales, los mejores entre ellos, tendrían la opción, en esa sociedad de transformarse en los timoneles de los negocios públicos, en los conductores políticos e ideológicos, en los directores de la técnica, en los presidentes de los consorcios y de los consejos de las sociedades anónimas. Carl Zimmerman -cuyo prestigio en la Universidad uruguaya desborda sus méritos- al exponer tal idea sociológica, ejemplifica con una referencia directa al Uruguay. Habla de una nueva "intelligentzia". Y aclara sus propósitos: "Aquí se estudia la reciente ascensión a la *preeminencia social y a la dirección, de los grupos o clases de personas con educación superior*"⁷. Y agrega: "En civilizaciones complejas, técnicamente hablando, tales como las de Europa, EEUU, muchas colonias europeas, Japón, México, Brasil, *Uruguay*, Argentina y Chile y otros países la 'intelligentzia' es *actualmente la clase social más importante, la clase social clave*"⁸. "Esta nueva 'intelligentzia' es producto de instituciones de enseñanza superior tales como aquellas que dan los títulos de licenciados, *masters*, doctores, abogados, maestros, ingenieros y otros"⁹.

Como se advierte, la noción de clase social pierde su contenido concreto-material para transformarse en el resultado de la posesión de determinados conocimientos y destrezas que permiten a algunos egresadas de las universidades elevarse al rango que ocupan los dueños de las tierras, las fábricas, los comercios y los bancos de cada país. Aparte de la ausencia de toda medida objetiva para definir lo que es una clase social, confunde la función de unos pocos - ejecutantes de una partitura escrita por los intereses histórico-sociales de las verdaderas clases dominantes- con la posibilidad y la suerte de todo un vasto sector de las capas medias. Resulta luego bien cómodo explicar el proceso social, culpando individualmente a la mayoría de los universitarios de no haber sido capaces de llegar al cielo. ¿Acaso no es esta teoría la traslación, para uso del imperialismo, de la gastada leyenda edificante de la "igualdad de oportunidades" ante la vida?

A la concepción de la lucha de clases, a la idea del enfrentamiento entre explotadores y explotados determinado por el lugar que ocupan en la producción, por la posesión o no, de los medios fundamentales de producción, oponen la imagen fraudulenta de una nueva clase social, que emergería de la Universidad, de la enseñanza superior y para la cual genéricamente ya está resuelto su destino. A mayor abundamiento, el plato en la mesa y servido...

De esta definición pseudo-científica a la práctica brutal pero cretina de los ideólogos de la política imperial yanqui que creen que es posible domar a las pueblos seduciendo a una parte de la intelectualidad, no hay más distancia que la que media entre el proyecto y la realización. Desnudas aparecen la intención y la tarea: sobornar al universitario, llevar el proceso de su captación hasta transformarlo en instrumento de poder del opresor yanqui y de las clases dominantes aborígenes. ¡Todo a los acordes del Himno de las Américas o de su nueva versión prosaica la Alianza para el Progreso!

Y ¿cómo no sonreír cuando vemos a un Gino Germani invocar la pureza del conocimiento científico, la prescindencia de toda política o reacción emocional, con vistas a viabilizar estas tendencias principales de la sociología norteamericana?¹⁰

Se queja de que nacionalistas y marxistas se prevengan contra ella y de paso disparen sus dardos contra el bien rentado patrocinador. ¡Bonita ciencia ésta, la sociología, como para situarla al margen de la política, de las luchas de clase y de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes!

Y sobre todo ¡cuándo manejamos categorías sociológicas tan virginales como la definición de clase social, o la impoluta teoría de las “elites”!

Intelectuales y estudiantes, más allá de los que ascienden, se conservan, o se integran en los equipos de las clases dominantes -los grandes capitalistas y terratenientes- son parte del pueblo en nuestros países y de un pueblo social y nacionalmente oprimido. Dentro de ese pueblo, forman en la gama heterogénea de las capas medias, llamadas a la revolución por la crisis profunda e irrecuperable de toda la sociedad. En esa revolución no pueden cumplir - como capa social- la función dirigente. Esa función le pudo corresponder otrora a la burguesía nacional; hoy sólo el proletariado está en condiciones de ser el conductor, la clase hegemónica de la revolución. En el frente que el proletariado aliado a los campesinos está construyendo, un amplio lugar debe ser ocupado por la intelectualidad, debe ser llenado por los estudiantes. Y es, justamente, el proceso que estamos viviendo. Y esto explica - reiteramos- el acento y el nuevo contenido del grito estudiantil: “obreros y estudiantes, unidos y adelante”.

No sólo *unidos*, sino hacia *adelante*; cumpliendo ahora la fase antimperialista y agraria de la revolución; transitando mañana -en ese movimiento dialéctico de *unidad* y de *lucha* entre el proletariado y sus aliados- hacia el socialismo.

III

UNIVERSIDAD Y LUCHA DE CLASES

Y ya estamos en la segunda parte de nuestra indagación. ¿Cuál es el carácter de la Universidad a la luz de la teoría de la lucha de clases?

La Universidad, como los centros de enseñanza en su conjunto, se mueve en el ámbito de la superestructura. Ustedes recuerdan el planteamiento de Marx, su concepción histórica materialista: la base de la sociedad está dada por sus relaciones de producción; el desarrollo de la sociedad se produce por el choque dialéctico y la necesaria correspondencia entre el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Sobre ese modo de producción material se edifican las distintas superestructuras, políticas, jurídicas, ideológicas, que en grados diversos influyen sobre esa base social, que en grados diversos se interrelacionan, que en grados diversos son también teatro de la lucha de clases que se desenvuelve en el seno de toda la sociedad. Este conjunto dinámico de base y superestructura constituye una formación económico-social; la historia de la humanidad es la historia de las diversas formaciones económico-sociales, de su nacimiento, de su desarrollo y de su muerte¹¹.

La Universidad, por lo tanto, es fruto y expresión de un régimen social determinado y, en última instancia, cumplirá las funciones que las necesidades culturales y técnicas de ese régimen le reclamen. Ideológicamente, más allá de las doctrinas que disputan la orientación de la cátedra, la Universidad siempre tenderá a ser básicamente, en su enseñanza, una exaltación ideal, embellecida, de los principios más generales del régimen que la nutre.

No entendamos esta tesis en forma simplista; no sostenemos el absurdo de que se dedica a trasladar el esquema del grupo político que momentáneamente ocupa el gobierno de un país.

Menos aún que todos los profesores enseñan las mismas cosas, cumplen la misma función, se confunden en el mismo sermón regresivo a órdenes inmediatas de las clases dominantes. El fenómeno es mucho más complejo. Pero esa complejidad no niega, sino que parte de las referidas verdades fundamentales. Un poco primariamente podemos ir componiendo una definición.

En pos de una definición marxista del proceso universitario

Desde un ángulo que abarca parte significativa del panorama, se puede afirmar que la Universidad es una institución -en cierto sentido peculiar, un rodaje del aparato estatal- cuya misión es formar técnicos y científicos según las necesidades del desarrollo social, entendiendo éstas de un modo históricamente concreto.

Ya en esta primera aproximación podemos distinguir dos elementos contradictorios.

Por un lado nos encontramos con que la Universidad pertenece a una formación económico-social dada; más todavía, participa de su configuración institucional.

En esta condición, y en una sociedad dividida en clases sociales antagónicas como la nuestra, deberá responder en lo fundamental, al interés y al predominio ideológico de la clase o las clases dominantes. La condición de dominio de esas clases se define por su posesión de los medios fundamentales de producción. Y estas relaciones de propiedad son las más importantes dentro del conjunto complejo de relaciones de producción que -como Marx enseña- constituyen la base o estructura de una sociedad, y que condicionan el orden jurídico-institucional. Lo que no quiere decir que tales o cuales formas políticas cambiantes y circunstanciales del Estado obedezcan automáticamente, como un calco, a las modificaciones que se van procesando en la base económica.

Pero, por otro lado, las urgencias técnicas y científicas que se reflejan en la enseñanza universitaria son promovidas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, por los apremios y los enigmas que el propio movimiento histórico va suscitando. Los retardos, los desacomodos y las crisis universitarias, en última instancia, tienen también que ver, *en forma directa o refleja*, con las discordancias en el seno de la sociedad, con la correspondencia o no, de las tendencias dinámicas del desarrollo de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. Y en consecuencia, con la lucha de las clases sociales, cuyo escenario es toda la sociedad y que se manifiesta peculiarmente en el proceso universitario. Conjuntamente con esta repercusión del drama general, o mejor dicho sobre la base de la contradicción fundamental que desgarrar y mueve a la sociedad en su conjunto, se gestan y se desencadenan otras de carácter científico y técnico -y en casos individuales, ideológico- que son privativas de la Universidad por ésa su conexión dual con ambos componentes del modo de producción, las fuerzas productivas que pugnan por desarrollarse y las relaciones de producción que contienen o aceleran ese desarrollo.

Esta complejidad adquiere todavía más relieve si consideramos que a la Universidad -como a todos los centros de enseñanza- le cabe por desempeño específico conservar y transmitir la herencia cultural, es decir, poner al alcance de las jóvenes generaciones la suma de conocimientos que la humanidad ha venido acumulando a través de su historia. En dicha herencia cultural -como ustedes saben- se enlazan y pugnan entre sí, los conocimientos científicos en perpetuo avance con las limitaciones ideológicas propias de la clase social dominante de cada época. Es así una imagen viva de la unidad dialéctica (absoluto - relativa) del movimiento histórico. Y la Universidad puede ser no sólo conservadora de esa herencia, sino su continuadora, inclusive la promotora de nuevas etapas, en tanto intervenga en el terreno de las investigaciones, anticipe teóricamente el cambio técnico, penetre en el secreto de la materia o cifre en las fórmulas de la llamada ciencia pura, bases para las construcciones del más adelante.

Desde este punto de vista, en la Universidad se entrelazan, por un lado, los elementos ideológicos percederos que cada clase social va exigiéndole y va determinándole como norma, con los elementos de un quehacer científico que responde directamente al desarrollo de las fuerzas productivas, y por ende, a la continuación intelectual de la humanidad. La Universidad trasmite así, como una polea, a través de la historia, lo que el hombre ha ido avanzando en el terreno del conocimiento, en el dominio de la naturaleza, en develar el secreto de la materia, en una palabra, en el progreso general de la ciencia, en todas las formas del conocimiento y la expresión. Recoge acumulativamente los frutos de ese largo itinerario histórico que se confunde con la biografía del hombre; que arranca del instrumento primitivo, de los primeros constructores de herramientas, autoconstructores del hombre mismo, pasando por los teorizadores en general deductivos de Grecia o de la Antigüedad, hasta llegar a aquellos, que en los laboratorios y clínicas, o en la abstracción de las fórmulas matemáticas, impulsan las ciencias naturales o físicas, elaboran la teoría de la relatividad o de los cuantos, dominan la electrónica y la cibernética y nos otorgan actualmente, en medio de una gran revolución técnica, instrumentos fundamentales para lanzar a la humanidad hasta el cosmos, para la extensión y “proyección de la figura humana” por utensilios que hoy son de complejidad infinita; en fin, en la adjudicación al hombre -criatura de la naturaleza y de la sociedad y que éstas condicionan- de un poder transformador que eclipsa las más audaces fábulas milagrosas.

Todo simplismo pues, en esta materia, conduce a callejones sin salida, a la adulteración del pensamiento del marxismo, a ideas primitivas erróneas y mecanicistas, de las cuales bien que se burlaría si pudiese, ese viejo Marx que tanto amaba la dialéctica recogida de las manos de Hegel.

Prosigamos. Como todos los centros de enseñanza, la Universidad se mueve en un ámbito superestructural de muy viva reacción sobre el conjunto de la sociedad. Si por un lado, forma cuadros para la producción, conserva y regenera la tradición técnica y científica, y es hasta una medida del acervo cultural de un país y tiene que ver -con bastante inmediatez- con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas (que refleja pero de las cuales es, también, de cierto modo, parte integrante)¹², por otro lado, la Universidad es una propagadora y cultivadora de ideologías y una formadora de cuadros para la vida político-social, para la dirección y administración -a través o no del Estado- de los negocios de las clases dominantes. Y como es lógico, dentro de ambos aspectos, prepara específicamente a los hombres dedicados a asegurar la continuidad de la enseñanza¹³. En ésta su función, que en buena parte cabe en la conservación o continuidad de la herencia cultural, es donde más típicamente conviven como hermanos mal avenidos, los conocimientos que corresponden al ininterrumpido curso del dominio del hombre sobre la naturaleza, superación práctico-crítica de sus limitaciones e ignorancias a través de toda la historia humana, con la concepción del mundo y las direcciones ideológicas de las clases dominantes, de la sociedad en que vive y enseña. Como Marx lo dijera, la ideología que domina en una formación económico-social siempre es la ideología de su clase dominante. A ello no escapa el ámbito universitario, la “majestad de la cátedra”, siquiera la pretendida pureza esencial del razonamiento filosófico. Ni el laboratorio puede evadirse totalmente de este condicionamiento. Pues si bien las ciencias fisico-naturales no se definen por un carácter de clase, la concepción del mundo del sabio y el investigador y las fronteras de la sociedad en que actúa, pueden contradecir, limitar y hasta confinar entre paredes de una ganga filosófica conservadora¹⁴ el oro puro de la comprobación científica o -más aún- del descubrimiento. Y ello, sin que hablemos de la utilización social por las clases dominantes para la expoliación o la matanza, de los frutos de las cavilaciones y desvelos del investigador o el constructor.

Quizá estemos ya en condiciones de hacer un resumen: para estudiar nuestra Universidad debemos comenzar por el examen de su naturaleza superestructural, para, en tal sentido,

considerarla como una institución del Estado y en su función de propagadora de ideología, de formadora de técnicos y transmisora de la herencia cultural. Pero no enfocando estos caracteres multiformes de un modo abstracto, sino partiendo del estudio de la sociedad en que se mueve, el grado de desarrollo y las exigencias de la misma, el tipo de sus relaciones económico-sociales y su carácter de clase.

¿Contradice al materialismo histórico este encuentro creciente de la Universidad con el pueblo?

Todo ello nos conduce a comprobar que su “ideal pedagógico” deberá corresponder a la idea de una clase dominante que desea formar con la “arcilla” del adolescente de hoy, el “hombre típico” de esta sociedad en el mañana.

Pero si esto es así ¿no caemos en contradicción? ¿Cómo comprender que las universidades se transformen cada vez más en un dolor de cabeza para las clases dominantes de estos países, y en uno de los centros espirituales y políticos de la conmoción antimperialista y democrática? Porque nadie alimenta dudas de que hoy se elevan con otros acentos y mayores honduras, con otra violencia y otras esencias, las voces que en 1918 lanzaron los reformadores de Córdoba, aquéllas sus palabras tan evocadoras: *“si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el sagrado derecho de la insurrección. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, la resonancia del corazón nos lo advierte, estamos pisando sobre una revolución”*¹⁵.

En aquel instante los reformadores de Córdoba expresaban el ingreso de las capas medias a la Universidad, el proceso de desarrollo capitalista de estos países y entraban en contradicción con una Universidad que conservaba el pensamiento caduco de las rancias aristocracias, en verdad de las viejas oligarquías vacunas.

Hoy estas frases se cargan de otro contenido, expresan la contradicción de los universitarios, de los intereses avanzados de la educación y la técnica, y, en cierto sentido, en la propia Universidad como institución, con la estructura económico-social en crisis que la constriñe y la somete a la quiebra de un modo implacable, que la acicatea según los intereses del latifundio, la gran burguesía y el imperialismo yanqui, los que no toleran ya siquiera la tradición democrática, laica y nacional reformadora sobre la cual matrizó la Universidad, en este siglo, el eje de su vida intelectual. Pero esa contradicción se enlaza con otra ideológicamente muy significativa, la que se origina por la radicalización de la pequeña burguesía que si bien choca con las propias fronteras de clase en que se mueve la Universidad conduce a una frecuente contraposición social y política de todo el proceso universitario con el régimen, pequeña burguesía radicalizada que cuestiona el poder como tal de las clases dominantes y transforma la institución -al amparo de las múltiples contradicciones que la corroen- en arena de encendida lucha de clases, y muchas veces en reflejo mediato de un pensamiento que si no es dominante en la Universidad es dominante en nuestra época revolucionaria. Me refiero a las ideas del socialismo científico, del comunismo.

A diferencia de Córdoba, la solución de los problemas de la enseñanza y de la cultura hoy tocan con la mano las directrices programáticas de una revolución nacional-libertadora. Y la propia ideología de las capas medias -especialmente de la intelectualidad avanzada y de la pequeñoburguesía radical- se va coloreando de un tinte socialista. Lenin advirtió en su tiempo el fenómeno de este “socialismo subjetivo” en las revoluciones asiáticas¹⁶. Desde este ángulo, si miramos a nuestro país, veremos ello reflejarse en la voz grave del obrero sonando en el Paraninfo, en la enseña de la Cuba socialista proyectando en el aula el ardor de su estrella solitaria, en las ideas de la revolución que encienden su brasa en la blusa de las muchachas, en el pecho del estudiante, o inclusive se cuelan entre cautelosas e irónicas en la intimidad de la cátedra.

Pero veamos mejor esto. Insistamos. ¿No caemos en contradicción? ¿No invalida las ideas de Marx el auge avanzado de los universitarios? ¿Es que se equivocaron Marx y Lenin? ¿Es que ha triunfado la ilusión de trasfondo arielista de una revolución universitaria, de un cambio en la casa de estudios que al transformarse va a transformar luego a la sociedad, de una “Universidad revolucionaria” -quiste socialista en un régimen burgués-latifundista dominado por el imperialismo? ¿Es quizá la prueba por la vida de un posible cambio de la Universidad como postulan algunos muchachos desprendidos del anarquismo que alternan la utopía con la tozudez anticomunista y se empeñan en remar contra la corriente de la historia? No, Marx no falló, siquiera Alfredo Palacios que no era Marx y que no deseaba por cierto ser un revolucionario, y que ya lo había advertido en su obra acerca de la Reforma Universitaria a los portavoces estudiantiles del 18. Palacios escribía entonces: *“Mientras subsista el actual régimen social la Reforma no podrá tocar las raíces recónditas del problema educacional...”* Claro está, Palacios luego traza las líneas con las cuales la Reforma debía conformarse, y esos objetivos son hoy asaz limitados: “depurar la Universidad de muchos profesores burocratizados”, permitir que accedan al profesorado “a todos los capaces de hacerlo, sin excluirlos por sus convicciones”, eliminar el chovinismo y estimular la investigación y el sentido de la propia responsabilidad; contribuir a que la Universidad no sea, “como es en rigor en todos los países, como lo fue en la propia Rusia, donde se daba como en cualquier otra parte una intelectualidad avanzada que en la hora de la acción saboteó escandalosamente la revolución y fue una bastilla de la reacción”.¹⁷

Marx no se equivocó

No, Marx no se equivocó. Sólo una revolución social, democrática y nacional, prólogo de la revolución socialista, seguida luego por una revolución cultural, puede cambiar el alma de la Universidad al cambiar la esencia del régimen. Cambiarla en el ideal del hombre a formar, en las tareas culturales fundamentales, en la adecuación definitiva de la Universidad con el pueblo, en el contenido de la enseñanza, en la orientación didáctica, en los métodos pedagógicos, pero fundamentalmente en las fuerzas sociales que poblarán la Universidad como alumnos y profesores. Benditas sean la inquietud y la esperanza estudiantil que sigue enarbolando su ilusión de una Universidad para el pueblo, a fin de que el hijo del obrero asista al aula; pero entre su ilusión y la realidad se interpone la mano de los beneficios, de un régimen dividido en clases sociales, que determina que el hijo del obrero sea educado para obrero y sólo una parte infinitesimal de toda la clase pueda ascender a la Universidad y mucho menos salir de ella. Ninguna “revolución universitaria” traerá masivamente al obrero del Cerro a las facultades y menos aún al hijo actual del peón de tambo, de estancia, del arroz o de la caña. Pero ello no quiere decir que se deba vulgarizar el pensamiento de Marx, quitarle su “alma palpitante” la dialéctica, ajena a todo dogmatismo, y en dicha vulgarización encontrar campo para negar su pensamiento. De todos modos, que haya que ver el proceso universitario como una imagen especular de la clase dominante o más aún, como hacen ciertos trotskistas y adláteres, como una especie de traslación administrativa de las recetas ideológicas de las clases dominantes a cada aula, a cada cátedra, a cada texto universitario. El planteamiento es simplista en cuanto a la captación de los fenómenos contradictorios, y a veces antagónicos, complejos y multilaterales que ocurren en la Universidad, pero a su vez, es de una tremenda indigencia teórica y táctica en cuanto a valorar el papel de la mayoría de los universitarios en el proceso de la revolución. Reduce la tarea de la revolución a la conquista ideológica de una minoría, en vez de comprender que esta tarea se inserta y se entrelaza con otra: la incorporación de la mayoría de los universitarios integrantes de las capas medias a la fuerza social de la revolución, como aliado del proletariado.

IV

LAS CONTRADICCIONES SON PROPIAS DEL PROCESO UNIVERSITARIO

Para comprender mejor todavía el carácter del proceso universitario es necesario insistir acerca de las profundas contradicciones que mueven y hacen de la Universidad el teatro de una múltiple y ardorosa lucha social, cultural, económica, política, de una ardua lucha de clases.

“Grosso modo”, con un riesgo evidente de esquematismo podríamos señalar aquí algunas de las principales contradicciones que minan la Universidad. La principal es visible: entre la línea matriz de su enseñanza, filosóficamente metafísica e idealista, desde el punto de vista moral, conformista o pragmatista, alternativamente profesionalista o libresca, sideral o *terre á terre*, y las urgencias intelectuales de la población universitaria, principalmente los estudiantes que la reciben, y en menor grado las de los profesores que la dictan o de los profesionales que egresan. Contradicción con la existencia social de toda esta gente que refleja las conmociones de la clase a que pertenecen y de la sociedad en que viven en su inquietud cultural, en sus necesidades económicas, en su expresión ideológica; que desdice en el momento actual del pensamiento de las clases dominantes y la acerca, en medio de confrontaciones ideológicas, al proletariado en el quehacer común de vencer al imperialismo, abatir las viejas oligarquías y alumbrar un mundo nuevo.

Y de este modo se traba en el seno de la Universidad una aguda lucha ideológica que rodea el aula, que empalidece la voz de la cátedra, y que salvo en materias técnicas es más fuerte para la conciencia de cientos de estudiantes que el texto o el apunte de pasar exámenes. Así se insertan en la casa de estudios las corrientes ideológicas que promueven la acción militante y la conmoción espiritual estudiantil, de profesores y otros. Esas corrientes ideológicas reflejan particularmente, la radicalización de las capas medias, el peso creciente de los sectores más avizores de la pequeñoburguesía radical, avanzada de la Universidad, motor de sus conmociones y actualmente la cantera de cuadros que nutre las promociones universitarias más brillantes y combativas.

Un reflejo de la realidad nacional y latinoamericana y del carácter de la época

Esa aguda pugna social e ideológica trasunta la presión de la realidad nacional y latinoamericana, pero también el carácter de nuestra época. Y ello la vuelve tan interesante y a veces, hasta paradójal.

La hondura de la crisis de estructura de la sociedad uruguaya que promueve sus urgencias, sus interrogantes y que maltrata con dura mano el sueño del universitario; el temblor vertebral de la revolución latinoamericana y el impacto cubano que barrió tantas telarañas, que provocó tantos exámenes de conciencia; la irradiación de la revolución socialista mundial y del movimiento de liberación de los pueblos coloniales y dependientes, marcan las grandes coordenadas del debate. Empero, por éste producirse en la Universidad y por ser los contendores o dialogantes, estudiantes, docentes y profesionales -en su mayoría hijos de las capas medias- la pugna cobra proyecciones diversas. En primer término, se manifiesta como hostilidad contra los reductos de la reacción que todavía perviven en las casas de estudio, con vistas a extirparlos; en segundo término, se perfila como la voluntad de oponer la Universidad como tal a los poderes políticos de las clases dominantes burguesas y latifundistas y a su conciliación o entreguismo respecto a los imperialistas; en tercer término, se traduce en insatisfacción, en denuncia y aun en encendida disputa con las directrices ideológicas que aprisionan la enseñanza en las fronteras de lo permitido por el régimen burgués y, en cuarto término, se procesa como lucha ideológica dentro del mismo

estudiantado y de algunas zonas de docentes y profesionales, como contradicción entre el pensamiento vacilante y confuso de la pequeñoburguesía radical o la ideología nacional-reformadora de la burguesía media, y la concepción marxista-leninista del proletariado, a la cual ya ha ascendido una influyente porción de los universitarios. Esta contradicción abarca desde temas que tienen que ver con la organización de la Universidad y la democratización de la enseñanza, hasta los tópicos candentes -teóricos y tácticos- de la revolución uruguaya y latinoamericana. Esta fricción ideológica es parte del proceso general de “unidad y lucha” entre el proletariado y sus aliados, en el campo general de la revolución democrática de liberación nacional.

Por aquí también se puede hallar alguna explicación a la aparente paradoja de que en muchas universidades latinoamericanas, una de cuyas misiones es producir cuadros para las clases dominantes o intelectuales ideológicamente serviles al régimen, sea tan fuerte la irradiación del marxismo-leninismo y exista tan premioso hervor revolucionario. Es el signo de la época. El sistema socialista timbra el desarrollo histórico; la revolución de los pueblos coloniales y dependientes se consustancia o engrana objetivamente con el tránsito socialista mundial; las naves cósmicas -hoy suprema síntesis de la revolución técnica y científica- pasean por el cielo la hoz y el martillo... ¿Quién puede sellar las puertas del aula o enclaustrar la cultura para evitar un contagio de la teoría científica del comunismo?

No se inventará jamás el muro que pueda detener una idea que exprese la dirección del cambio histórico.

La Universidad "infiltrada", estudia poco y mal el marxismo-leninismo

Sin embargo, he aquí la dualidad del fenómeno. Esta teoría que preside la más grande mutación revolucionaria, es a la vez una triunfadora y una desconocida en la Universidad. Escasamente estudiada o tratada sin seriedad en tantas clases, a veces nunca leída en sus propias fuentes por el profesor, empero gana sus batallas en hombros de la vida. Resulta así, que el marxismo-leninismo, proscrito de la cátedra (¡aún hoy en esa Universidad poseída por los demonios rojos -como aúllan sus enemigos macartistas!), se cuele como un resplandor del mediodía por todos los resquicios; que el caricaturizado por el texto de filosofía, economía política y sociología esté presente, o sea testigo clandestino tras la avizora conciencia estudiantil, en cada aula, debate o investigación.

Pero este vigoroso fluir de la vida presionando en el ámbito ideológico no debe ocultarnos la mezquindad de su contracara. Por eso es bueno preguntarnos hasta dónde, a pesar del progreso general de la Universidad en los últimos períodos, de su papel notorio democrático y avanzado, de su desempeño en la vida política y social, se está reflejando todo esto en la cátedra o en la investigación. Yo creo que hay que responder: ¡mínimamente!

Es un vulgar fraude macartista la campaña que acusa a la Universidad de enseñar marxismo-leninismo o propagar comunismo por consecuencia de la famosa “infiltración”.

Por el contrario, si un cargo puede hacerse a la Universidad es su atraso en cuanto al estudio responsable de una teoría que no sólo interpreta, sino que está transformando el mundo. Y también a su insuficiente conocimiento acerca de los adelantos científicos y de la revolución cultural producida en un sistema -el socialista- que abarca casi el 36 por ciento de la población de la Tierra.

Con esta verificación crítica, no estamos pidiéndole peras al olmo, no le estamos reclamando a la Universidad -como sueñan algunos- que sea socialista, ni siquiera radicalmente popular dentro de un régimen social como el nuestro. Esta vez hablamos de conocimientos efectivos, de obligaciones de elemental probidad intelectual e información científica y de contemporaneidad de la enseñanza. ¿Quién puede pretender una relación verdadera y actual

con la cultura, si prescinde del conocimiento del marxismo-leninismo, si renuncia a conocerlo en sus vertientes fundamentales, la filosofía, la economía política y el socialismo? Por todo ello, nosotros que consideramos utópica la pretensión de una “revolución universitaria”, de un cambio socialista de la Universidad, sólo posible a consecuencia de una revolución socialista, sin embargo comprobamos la agudizada contradicción entre la inquietud de la población universitaria y el carácter de la enseñanza impartida. Y esta contradicción -que en un sentido profundo se origina en el insuperable carácter de clase de la institución, se nutre también en un ámbito más restricto, de los retardos y prejuicios que distancian todavía más la enseñanza de los adelantos del desarrollo social y científico. ¡Y esa distancia sí, que puede reducirse! A este respecto, la Universidad por cierto está urgida de reformas y mudanzas.

Proximidad o mediatez de lo político-social en cada Facultad

Hasta me atrevería -¡consciente de los riesgos a que uno puede resbalar!- a ejemplificar con algunas facultades, que por la naturaleza de la enseñanza impartida, exhiben más tajantemente estas contradicciones y discordancias. Y si no se puede hablar de ningún centro de enseñanza ajeno a las grandes y dilemáticas contradicciones que reflejan los desgarramientos actuales de esta sociedad, se puede sí, distinguir entre ellos según la materia que se enseña, es decir, según la mayor o menor inmediatez al problema político. A muy grandes líneas, se podría distinguir, por ejemplo, facultades como Ciencias Económicas o Derecho, de muchas otras, donde la cuestión político-social aparece por otros caminos, bastantes veces en relación con las barreras que el interés de clase y la índole capitalista del régimen oponen al conocimiento científico, al avance técnico o la efectiva funcionalidad de las profesiones. En Ciencias Económicas, la sustancia de la enseñanza tiene que ver en el terreno teórico, con la *economía política*; en el plano histórico, con la *historia de la economía*. Derivado de estos grandes rubros, viene el estudio de la *política económica*, el llamado estudio de la “*hacienda pública*”. En un plano más concreto -más estrechamente técnico- se estudia la posible rentabilidad de las empresas capitalistas y de sus costos. Como ustedes saben, la economía política es la ciencia que estudia las relaciones de producción entre los hombres, las leyes de la producción, del intercambio y de la repartición de productos (Engels). Con razón, hablando de la economía en general, Lenin gustaba retener un concepto de Marx: *la política es “la economía concentrada”*.

¿Cómo creer, pues, que no va a manifestarse esta esencia política en las directrices teóricas y en las relaciones prácticas de una facultad cuya enseñanza nutre de cuadros a los ministerios, elabora una línea de pensamiento para tratar la crisis, o en un plano más variado, asesora la contabilidad de empresas (bancos, industrias, comercios, sociedades rurales, etcétera) en general ramificadas y a menudo transeúntes sigilosas por los vericuetos de la ley? Aunque también es cierto -por las razones ya apuntadas- que sólo la minoría de sus egresados trepa hasta el “santuario íntimo de los grandes negocios” -como los nominara Robert Brady.

¿Cómo no haber contradicción entre una población estudiantil desplazada hacia la militancia popular y la situación de un centro de enseñanza del cual salen los “*hacendistas*” del gobierno y los ejecutores de “*reformas cambiarias y monetarias*” según recetas del FMI? ¿No es profundamente aleccionador desde el punto de vista teórico y político que, por otro lado, el “*desarrollismo*” se vuelva doctrina oficial y que sean hijos muy destacados de esta Facultad los que registren prolijamente las carencias del país, los guarismos documentales de la crisis de estructura, para arribar empero a conclusiones perfectamente compatibles con las relaciones de producción que originan esa crisis, y por lo tanto, también compatibles con el pensamiento de la burguesía conciliadora? ¿O es un fruto de la casualidad que las más variadas corrientes de la economía política -desde el economismo vulgar hasta el

marginalismo u otras concepciones del subjetivismo- sean tratadas con más atención que Marx o que Lenin?

Se podría decir posiblemente lo mismo de la Facultad de Derecho, cuya materia principal consiste justamente en el estudio de las relaciones políticas y jurídicas, en el estudio del Estado y de sus leyes. Pero agreguemos: nuestra Facultad se llama además, de *¡Ciencias Sociales!*

En otras facultades donde la finalidad de la enseñanza es impartir primordialmente conocimientos y destrezas técnicas y especializar en ramas de las ciencias físico-naturales que habiliten para el ejercicio de determinadas profesiones, los problemas se plantean con características propias que agregan algunas contradicciones peculiares. Hemos venido insistiendo acerca de que es necesario distinguir siempre entre los problemas ideológicos y los científico-naturales que no son superestructurales. No pueden calificarse de superestructurales muchos conocimientos y destrezas profesionales del médico, del ingeniero, del arquitecto, del químico, del agrónomo, o del veterinario. Pero, y a simple título de esbozo, ya que no podemos internarnos en esta riquísima porción del tema, las cuestiones ideológicas se confunden y chocan con las otras, tanto en lo referente a las condiciones de la enseñanza, como en cuanto al ejercicio de la profesión dentro de la sociedad capitalista. Estas contradicciones -mejor dicho toda una constelación de contradicciones de índole social e intelectual- pueden señalarse por ejemplo, entre las tendencias técnicas avanzadas y el adelanto permanente en el terreno científico, y la insuficiencia de medios derivada del carácter de las relaciones de producción en un país de deformada economía capitalista y dependiente del imperialismo; entre el conocimiento informativo de las conquistas de la revolución técnica contemporánea y el carácter abstracto en ciertos aspectos de una enseñanza que escasamente puede basarse en la experiencia y en la investigación; entre la elevación relativa de la calificación profesional y una estructura social que la impide ejercer plenamente porque ni la industria, ni el urbanismo, siquiera la lucha contra la enfermedad, pueden escapar a las leyes de una sociedad cuya alma es la carrera por los beneficios; donde la utilización de la ciencia para el progreso social y el enaltecimiento humano están contenidos por la miseria de los más y el interés de clase de una minoría históricamente condenada, dueña de los medios fundamentales de producción. ¡Y ni qué hablar de los veterinarios y agrónomos en un país de latifundio, ganadería extensiva y crónica crisis agraria! (Si rastreáramos por aquí podríamos hallar también el tema de la falsa pléthora profesional, o del estrechamiento de las posibilidades de trabajo y perfeccionamiento del universitario que egresa, y tras ellos, toda una serie de grandes problemas filosóficos y morales que conducen por un camino al pragmatismo sin escrúpulos y por otro a una ahincada labor profesional, doblada sin embargo por una postura crítica sin salidas, enraizada en amargo individualismo con mucho de desolación intelectual).

Oposiciones entre lo ideológico y lo científico, entre la cultura y el interés de clase, entre la Universidad y lo social, entre el profesional y el hombre...

Es que el conocimiento técnico-científico lucha, se entretiene y contradice con una ideología dominante que sólo puede servir a las clases dominantes, y a la que se puede adecuar sólo una minoría de usufructuarios, de sobornados o corrompidos. Pero también choca con las vacilaciones ideológicas de las capas medias de que provienen, adversas al régimen pero que en última instancia, por sí mismas, no pueden superar las fronteras del capitalismo que condenan. La lucha ideológica no es pues aquí, inmediata y gruesa como en economía o en derecho, pero es profunda y tenaz. Afecta a una concepción del mundo que quita perspectivas a la enseñanza, que dramatiza las posibilidades del mejor ejercicio de las profesiones. Por no superarla, ¡cuántos que egresan con pasión vocacional, con ánimo misionero, concluyen

ceñidos por un sentimiento de frustración moral! Se alejan intelectualmente del pueblo, al que sin embargo profesionalmente sirven con responsabilidad, por ejemplo, junto a la cama del hospital. Este desdoblamiento sólo puede ser superado por una actitud crítica revolucionaria frente a las causas que lo generan. La revolución apuntando al cuadro social vigente enfoca a la vez las raíces del conflicto personal. Es que al final de cuentas, las dimensiones individuales del drama no escapan a la disyuntiva que se afronta al egresar de la casa de estudios: explotador o explotado, ingeniero, dueño de una gran empresa o realizador de un trabajo complejo que lo aproxima al obrero, aunque a veces sea cómplice de su explotador. Podríamos abundar con ejemplos de otras profesiones¹⁸.

Es natural que todas estas diversas contradicciones se engranen y que sus consecuencias se procesen como reacciones en cadena.

Así, las limitaciones ideológicas derivadas del carácter de clase de la institución, traban su función de continuadora de la herencia cultural; las carencias presupuestales y también aquéllas surgidas del insuficiente desarrollo de la economía nacional, afectan las posibilidades de la información y de la investigación, entrando en conflicto con las misiones más específicas de las casas de estudio; pero a su vez, por ambos lados, se rebaja la calidad de la enseñanza, se la está retrasando respecto al progreso científico contemporáneo. Y ello se carga de hondas consecuencias sociales y aun individuales para docentes y para egresados.

“La Universidad, forma institucional que refleja en todas sus consecuencias la crisis misma de toda la sociedad”

La marcha de la Universidad a destiempo con el adelanto científico contemporáneo -exhibido ostentadamente por la revolución técnica- se conjuga con los retardos que su carácter de clase le imponen en relación a la revolución socialista y aún anticolonialista de nuestra hora. Son problemas que no pueden resolverse en el cuadro de esta Universidad, ni de este régimen social. La actual sociedad uruguaya se yergue como un muro contra el cual choca la inquietud científica, la dignidad del docente, el destino del investigador, la eficiencia de la Universidad en sus tareas fundamentales. Al plantearse en tono de interrogante sin respuesta el progreso de la ciencia y la calidad de la enseñanza, se está cuestionando la existencia misma de una sociedad que promueve tales preguntas pero que imposibilita la respuesta.

Mariátegui advirtió certeramente que *“La Universidad es siempre la forma institucional en la que se refleja en todas sus consecuencias la crisis misma de toda la sociedad, es allí donde consiguientemente tiene que hacerse visible toda la situación real de la sociedad”*.

La crisis de estructura -es decir, el antagonismo cada vez más acentuado entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción- que está exhibiendo crudamente a las clases dominantes como una rémora al adelanto social y como un instrumento de abdicación de la independencia nacional y de la tradición democrática uruguaya, se vuelve crisis ideológica dentro de la Universidad, ya que cuestiona la pervivencia de este régimen no sólo a la luz del futuro, sino también desde el pasado.

La lucha por alumbrar un mundo nuevo se combina con la defensa de lo mejor en la historia nacional. Aquí militan y están presentes las condiciones democrático-burguesas institucionales, los principios del laicismo, del civilismo, inclusive las concepciones nacional-reformadoras propias de la burguesía nacional, hoy insoportables para las clases dominantes, acorraladas por la marcha del proceso histórico.

El deber del revolucionario consiste pues, en situar el problema educacional como parte del cambio revolucionario de la sociedad; pero a la vez, bregar por la defensa de la Universidad atacada por la reacción, por la preservación de sus mejores tradiciones, por la defensa de su papel democrático en el proceso nacional, por su adelanto técnico y pedagógico, por la más profunda democratización, en fin, por lo que podríamos llamar una política universitaria.

Por lo demás, cada avance de la Universidad por esta ruta acarreará un aumento de su contradicción con la estructura de esta sociedad y con el interés actual de sus clases dominantes¹⁹.

V

LA CRISIS DE LA ESTRUCTURA ECONOMICO-SOCIAL VA MADURANDO LAS CONDICIONES REVOLUCIONARIAS

En las contradicciones de la Universidad se manifiesta pues, la crisis generalizada de la sociedad uruguaya. Esa crisis desgarró el conjunto de las sociedades latinoamericanas aún sometidas al imperialismo, pero en las que afloran poderosamente las fuerzas de la superación. Al asalto de las estructuras caducas avanzan nuestros pueblos; algunos ya asedian la ciudadela del enemigo, otros se revuelven vigorosos pese a tener el torso cubierto de cadenas; unos más otros menos, todos participan en la vigilia de armas de la revolución. En este marco social y económico, en el carácter estructural de la crisis y sus desencadenadas consecuencias políticas y sociales, se debe situar el problema de la Universidad en su conjunto y estimar particularmente el contenido histórico cualitativamente distinto de sus contradicciones. Este hilo conductor nos facilita comprender la directriz del proceso general; él también nos otorga un punto de vista certero a los efectos de la interpretación de los principales cambios del movimiento estudiantil y universitario en la última década. Esta crisis no es idéntica a la del 18 ni a la del 30. Cuando hablamos de la actual crisis de estructura estamos definiendo las bases materiales de nuestra revolución; aludimos a los procesos que la tornan no sólo históricamente ineluctable, sino que la están erigiendo en obra cotidiana, en tarea de los hombres de este tiempo.

Por lo tanto, se cae en error cuando se valora el movimiento universitario -fundamentalmente el estudiantil- como una repetición de los mismos ciclos, en pos de parecidos mitos generacionales o como una recidiva de las insurgencias del 18 o del 30, o aún de la Segunda Guerra Mundial y su inmediata postguerra.

El movimiento del 18 al 30 -su análisis ya es clásico²⁰- correspondió también a cambios en la base de las sociedades latinoamericanas que aceleraban el curso capitalista de su desarrollo. La pequeñoburguesía y la burguesía media de entonces -los hijos u otros descendientes de inmigrantes, agricultores, artesanos, talleristas o dueños de las nacientes fábricas, más los intelectuales nutridos por una tradición democrática- formaron las filas de este notable movimiento. En lo político apuntaban contra la hegemonía universitaria de las oligarquías latifundistas y comerciales; en el plano pedagógico pretendían adecuar la enseñanza superior a las necesidades del desarrollo capitalista, al incremento de la industria, al mejoramiento técnico de la agricultura y la ganadería, al ímpetu del capitalismo que avanzaba en las nuevas sociedades latinoamericanas pese a estar constreñido por el freno mulero del latifundio y el imperialismo.

Pero, el desarrollo del capitalismo no aparejó la destrucción del latifundio, ni la independencia económica de estos países; y ello trajo como consecuencia la actual deformación de sus economías, matriz de las contradicciones críticas e insolubles del presente.

Por su filiación social este movimiento de Reforma Universitaria llevaba en su seno la propia negación, el desgarramiento y el drama. Como ya lo dijimos, dio algunos cuadros destacados a la revolución socialista, pero éstos, al volverse comunistas expresaban de un modo dinámico el movimiento de Reforma, es decir, lo negaban, dialécticamente; recogían el aspecto insurgente del movimiento, pero lo superaban ideológicamente.

De un modo más natural, el movimiento halló un cauce en las corrientes de la burguesía media que emergían o se consolidaban en las primeras décadas del siglo. Su rama principal establecería puntos de contacto con el batllismo, el irigoyenismo, el liberalismo radical; aunque en algún país diera origen a vetas socialdemócratas o en el Perú llegara a ser trampolín de las falsificaciones apristas. Desde el punto de vista ideológico empalmó así con las ideas nacional-reformadoras por entonces en curso y hacia su cenit; como fenómeno político pudo ser administrado en buena parte, por los principales partidos renovadores de la burguesía nacional. Pero también aquí el movimiento se fue deslizado hacia otras crisis; hacia nuevos desgarramientos. A largo plazo, éstos se procesarían como nuevas rebeliones frente a la índole claudicante de las transformaciones burguesas, mezquinas y autolimitadas en cuanto al latifundio y al imperialismo; en lo inmediato, esta objetivación política por los cuadros de la burguesía nacional -socialmente joven pero inepta ya para la jefatura de un cambio revolucionario- implicaría una cruel negación: no sólo porque abandonaba a la vera del camino la tremolante rebeldía estudiantil, sino y principalmente, porque defraudaba el planteamiento radical y jacobino del pequeñoburgués.

A pesar de las frustraciones que ello podía acarrear a algunas individualidades de entonces, esa línea principal correspondía en cierto sentido con el ascenso del capitalismo, con la presencia activa de la burguesía nacional, con las posibilidades de un manejo bastante amplio fuera del campo de la revolución. Y si bien los sectores radicalizados de la pequeñoburguesía universitaria entraban en frecuente colisión con los hombres o partidos que impulsaban la evolución burguesa de estos países, existían empero zonas extensas en lo político e ideológico que permitían las confluencias y coincidencias. ¿Cuántos dirigentes pasaron de las bregas estudiantiles a través de tales rutas, a fundar o encabezar las alas de izquierda de los partidos nacionales-reformadores? ¿Y cuántos siguieron luego el desplazamiento hasta la corrupción y el poder?

En Uruguay se ha procesado una evolución capitalista deforme

En el Uruguay, el período señalado correspondió a la elevación de la burguesía nacional al proscenio político con Batlle y Ordóñez; a la constitución y fortalecimiento de una importante industria liviana; a la formación de un sector estatal en la producción, el transporte, el crédito y los seguros de muy grande incidencia en toda la economía; a la extensión de las relaciones capitalistas al campo, a la conformación del régimen institucional democrático-burgués y a su consolidación con las notorias interrupciones siguientes al 31 de marzo de 1933.

En esta evolución que arranca del siglo XIX, se consolidan la burguesía nacional y el proletariado. Empleamos estas categorías en el sentido moderno, es decir como las clases fundamentales de la sociedad capitalista, aunque entonces el proletariado no fuere aún lo bastante fuerte -numérica y organizativamente, como desde el punto de vista ideológico- para disputarle a la burguesía nacional la dirección del desarrollo social.

A través de este período las concepciones nacional-reformadoras se volvieron ideología dominante.

No hubo pues, una revolución democrático-burguesa; hubo sí una evolución capitalista que en ciertos períodos llegó a un ritmo relativamente impetuoso, y que en vez de destruir las relaciones agrarias fundadas sobre la propiedad latifundista las conservó y las fue adecuando con todos sus rasgos negativos, a las nuevas condiciones. Tampoco emancipó económicamente al país del imperialismo: el retroceso de las inversiones y de la injerencia del Imperio Británico, se acompañó por un crecimiento de la gravitación económico-política del imperialismo yanqui. En esta deformidad del desarrollo capitalista fincan las causas de la actual crisis de estructura.

Esta evolución cojitranca de la economía repercute en el plano social, en la fisonomía de las clases y en sus particularidades. Condiciona la formación de una gran burguesía enlazada estrechamente a los latifundistas; a ella pertenecen representantes de la industria, del capital comercial de exportación e importación y un núcleo de grandes capitalistas financieros, en torno a los cuales se congregan verdaderos intereses monopolistas. El desarrollo capitalista aburguesó al terrateniente y “territorializó” a ciertas capas de grandes industriales y comerciantes. A través de los bancos se formó una red inextricable de intereses de los latifundistas, algunos grandes capitalistas de la industria, los propietarios del alto comercio intermediario y el capital extranjero, particularmente norteamericano. Simultáneamente se formó y concentró un fuerte proletariado industrial, del transporte y de la construcción -más del treinta por ciento de toda la población llamada activa- y un proletariado rural que es más del tercio de la citada población del campo.

Una vasta pequeñoburguesía urbana: una masa de pequeños campesinos y minifundistas (semiproletarios) superior a otro tercio de la referida población activa rural; una muy numerosa capa de asalariados del comercio, la banca y los servicios, y una burguesía media (nacional) cuantitativamente importante aunque relativamente débil en cuanto al peso específico de sus capitales comparados con las disponibilidades de la gran burguesía, pueden ofrecernos a muy rápidas pinceladas, rasgos para completar el retrato social del Uruguay que emergiera de este desarrollo deformado del capitalismo.

A partir de la segunda postguerra acentúanse las contradicciones de la economía nacional

Ya al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Uruguay podía ser definido como un país industrial-agrario, si para esa definición se partía de las cantidades aportadas a la renta nacional por cada uno de los sectores de la producción. Pero si situáramos el punto de observación en el mercado exterior se volvía ostensible la deformación del desarrollo económico y el nudo de contradicciones insolubles que esto aparejaba: la exportación seguía siendo de tipo monocultural, casi exclusivamente de productos originarios del latifundio ganadero. Y esta expresión del retardo en las relaciones agrarias era a su vez un espejo de la mantenida dependencia a los monopolios capitalistas internacionales, al imperialismo, particularmente el norteamericano. Este aspecto cobra mayor relieve, si advertimos que por la ausencia de petróleo y de buena parte de las materias primas de consumo industrial, y por la carencia de una producción nacional de maquinaria pesada, debe efectuarse en el extranjero el abastecimiento del poderoso sector estatal de la producción y el transporte y de gran parte de la industria liviana y los principales servicios.

La línea de atarse a las imposiciones norteamericanas en materia de comercio y orientación de la política exterior, asume en estas condiciones características letales. En torno al comercio exterior se fueron pues, anudando, las más agudas contradicciones de la economía nacional y se fue volviendo año a año más sensible la expoliación imperialista, más críticas las consecuencias de la succión externa de los frutos del trabajo nacional a través del comercio no equivalente, de los servicios de la deuda externa, de los altos beneficios extraídos por los inversores extranjeros.

¿Cómo podía Uruguay proseguir los ritmos de incremento industrial si una porción considerable de su renta nacional corría hacia el extranjero, si otra, también considerable, era absorbida por la renta agraria o por el despilfarro, el lujo insolente y el consumo parasitario de un puñado de grandes capitalistas y terratenientes?

Así el país fue perdiendo sus reservas de oro y divisas; así se fue endeudando fabulosamente; así se descapitalizó. Los resultados forman la actual situación; los déficits acumulados del comercio exterior y el desequilibrio irreversible de la balanza de pagos; la crisis agraria y el

retroceso de la ganadería y la agricultura y, pese a este retroceso, la modificación de las proporciones que aportan los sectores industrial y agrario a la renta nacional, en favor del último. Síntoma éste, actual, de ostensible retrogradación.

No vale la pena enumerar lo demás: lo gritan los índices económicos y financieros que a diario se debaten en todas las tribunas.

Esta crisis que afecta toda la estructura económico-social está tocando fondo. En ella se enclavan las raíces de los procesos generales que abarcan y sacuden también a la Universidad. Es justamente al influjo de tales factores objetivos que han ido modificando su curso las luchas estudiantiles y populares.

A partir de 1952-55, la crisis de estructura comienza a manifestarse agudamente.

Desaparecidas las condiciones que para las exportaciones de nuestro país y otros países de América Latina creara la agresión yanqui a Corea, la crisis económica nos golpea con dureza. El impacto de los fenómenos económicos cuyos signos premonitores anunciaban en casi todos los países de Iberoamérica la realidad irreversible de las crisis de estructura, puso en tela de juicio también, en el ámbito continental, la política de las clases dominantes que habían atado su destino a la estrategia beligerante de los EEUU. Desde 1946 el chantaje atómico se había acompañado de la histeria anticomunista, de la exaltación de los “pactos hemisféricos” -jurídicos, económicos y militares. Este furor fue “in-crescendo” hasta la derrota yanqui en Corea; la otra cara del frenesí anticomunista era el saqueo sin cuento de nuestras riquezas y el establecimiento de tiranías sanguinarias y corruptas, o con un leve barniz constitucional, en casi todo el continente. Esta política entra en bancarrota por ese período. La explosión revolucionaria de Bolivia dirigida por la burguesía nacional, la instauración de un gobierno democrático avanzado en Guatemala y su apuñalamiento por los EEUU, las conmociones que van sucesivamente derribando o haciendo tambalear las dictaduras implantadas y sostenidas por el dólar, el ascenso de las luchas obreras, democráticas, estudiantiles, anuncian junto con los índices económicos, la manifiesta crisis de la política de sometimiento al imperialismo yanqui y de complicidad con sus planes de agresión internacional, de las clases dominantes de nuestros países.

Sobre nuestro país ejercen su influjo los cambios mundiales

Los cambios en la correlación de las fuerzas entre los sistemas capitalista y socialista, en favor de este último, por entonces se manifiestan de un modo ostensible. Es la hora de los cohetes intercontinentales y los sputniks.

Maduraban las condiciones de una nueva etapa continental que tendría su punto nodular en la revolución cubana; Cuba inaugura una nueva hora antimperialista y trae a la vez el socialismo a América Latina.

El movimiento universitario registra profunda e inmediatamente tales cambios, en muchos aspectos de los cuales había sido uno de los participantes. Y ello ocurre también en el plano ideológico.

Comienza una etapa nueva: la crisis de estructura va madurando objetivamente las condiciones de nuestra revolución.

El crecimiento de las fuerzas productivas en agudo choque con las relaciones de producción sitúa el problema de la revolución democrática y liberadora en la vida práctica, entre las finalidades alcanzables para los pueblos de América Latina. El fracaso de la “Alianza para el Progreso” confesado por sus escenificadores, es una advertencia y un diagnóstico. El mito desarrollista, las ideas de la gran burguesía conciliadora de un posible desenvolvimiento de la industria y de las fuerzas productivas a costa del estrangulamiento mayor del proletariado y de las masas trabajadoras con la ayuda del imperialismo yanqui, en última instancia desembocará en lo que está concluyendo, en un impotente y turbio sueño de las clases

dominantes que caen aquí nuevamente en la utopía reaccionaria. No se pueden resolver los problemas básicos del subdesarrollo sin romper las caducas relaciones de producción: el latifundio que estrecha el mercado interno y sorbe a la producción capitales cuantiosos por medio de la renta agraria, el imperialismo, especialmente yanqui, que a través de sus beneficios extraídos de las empresas o de los servicios de deuda pública, y a través del comercio no equivalente chupa la sangre del trabajo nacional, la gravitación de una gran burguesía que enlaza la posesión de la tierra y otras grandes empresas en un sistema de bancos que supeditan la producción, de una clase dominante que ya no tiene interés en el desenvolvimiento industrial del propio país porque no alcanza a la cuota de ganancias a que la han acostumbrado los períodos de auge económico. Y que por ello coloca especulativamente capitales en el extranjero.

Sólo un cambio profundo, que rompa esas relaciones de producción, que abata el dominio de esas clases sociales, que lleve a las clases revolucionarias al poder podrá modificar en su raíz tal situación; y sólo por la conformación de una fuerza social de la revolución integrada por las grandes masas del pueblo, congregadas en torno a la alianza del obrero y del campesinado y con actores destacados en el medio intelectual, será posible transformar el país.

Desde el punto de vista nacional-democrático y no sólo del socialista, las formaciones políticas de las clases dominantes no pueden ofrecer soluciones atrayentes, como no pueden hacerlo desde el punto de vista técnico-científico; sin cambios profundos no hay respuestas de ocupación plena y avance profesional para el ingeniero, el arquitecto, el veterinario, el agrónomo, el médico, el universitario. Tanto partiendo de los problemas específicos de la Universidad, como de los problemas político-sociales del país, se arriba a la misma conclusión perentoria: *el cambio revolucionario. Esta es la hora de América, el tiempo del Uruguay, la época tormentosa y feliz del mundo contemporáneo.*

El grito de la calle irrumpe en las aulas

Por ello las masas estudiantiles que constituyen el alma de la Universidad encuentran sus propias reivindicaciones proyectadas como parte del programa de la revolución. Esta verdad se comprueba en las confrontaciones de fondo, como en las más relativas e inmediatas. En cierto sentido, la magnitud de las cuestiones planteadas, el sentido objetivo revolucionario inclusive de ciertas movilizaciones limitadas, indican la presencia de la revolución en la vida del país. ¿Acaso las luchas presupuestales de la Universidad no se han insertado naturalmente en la batalla nacional, en contradicción violenta con la política de las clases dominantes? A esta luz, principios democráticos burgueses como la autonomía universitaria se vuelven instrumentos de la revolución. La dialéctica del desarrollo histórico -decía Lenin- determina que las instituciones democráticas que en un instante montara la burguesía, se vuelvan contra ella y sean tomadas por el pueblo al servicio de la revolución.

Esto posibilita que en ciertas condiciones la Universidad sea baluarte de las fuerzas avanzadas; que se debilite la función formadora burguesa de la enseñanza universitaria; que aumente la contradicción de la Universidad con las clases dominantes, en la acción política, en las necesidades técnicas, en los fondos que quita a la represión. Paralelamente la vida misma va inscribiendo los puntos científicos y culturales en la temática general de la revolución.

Ya las grandes movilizaciones del 56 al 58 que culminaron en la Ley Orgánica de la Universidad anunciaron este otro contenido. Volvían a resonar las palabras de orden de la Reforma, pero sólo se parecían a ella en la ilusión de una Universidad abierta al pueblo sin efectuar antes una revolución. Como en la frase de Heráclito, ni el río ni el hombre son ya los mismos. El río mundial, latinoamericano y uruguayo era otro. Corría con otras aguas y otra

madurez revolucionaria. Y el adolescente uruguayo estaba en otra situación social y bajo otros impactos ideológicos.

Todavía las corrientes terceristas, dominaban el ideario universitario. No obstante, al producirse las manifestaciones del 58, la presencia de los obreros junto al caudal estudiantil, fue limando los rasgos anticomunistas consustanciales a la llamada "tercera posición".

Ello obedecía a causas diversas que se harían más evidentes luego de la victoria cubana: en el plano nacional, los cambios que se produjeron en el movimiento sindical desde 1955; en el ámbito continental la agudización de la crisis desde 1952 y el crecimiento de la ola revolucionaria; en la arena internacional, el ascenso de la influencia del sistema socialista y la descomposición del sistema colonial del imperialismo; todo ello contribuía a que nuevas tendencias a la unidad del pueblo se manifestaran. La precipitación de los índices críticos de nuestra economía desde 1956 y el desplazamiento social y político que facilitaría la irrupción nardoniana y ubedé en el terreno electoral y pondría fin a la sucesión de gobiernos batllistas, evidenciaron bruscamente la profundidad de la crisis de toda la estructura social.

En las elecciones de 1958, tras la apariencia de una alternativa fatal entre los partidos tradicionales, de una confirmación aparente de estos, se evidenciaba en verdad, de un modo refractado y confuso, el cuestionamiento por la vida de estas configuraciones políticas, tan cuidadosamente protegidas por la maraña de la ley electoral a efectos de conservar las definiciones dentro del marco de las clases dominantes. La crisis que corroía las bases de la sociedad comenzaba a poner en tela de juicio la superestructura política y jurídica, simbolizada en el bipartidismo. Y por esa interrelación de factores nacionales y continentales, la celebración nardoniana y ubedé de fines del 58 tuvo su contrapeso inmediato y su convidado de piedra, en el amanecer del 59 con la entrada de Fidel Castro a La Habana. En el plano interior, la crisis implacable siguió su curso.

La realidad se seguiría burlando de quienes primero cultivaron la ilusión ligera al ver las masas en la calle en octubre del 58, para luego escarnecerlas en noviembre del mismo año al conocerse el escrutinio electoral.

Empero si se observaba el proceso en profundidad, se podía advertir que las manifestaciones de octubre del 58 abrían una etapa de gran importancia.

Entonces -desde 1955-56- el movimiento sindical uruguayo empezaba una etapa y ¿por qué no decirlo? nuestro Partido audazmente se fundía en las masas, apenas convaleciente de una aguda crisis que lo había paralizado durante un largo período. Reverdecían allí como un árbol en primaverales consignas del 18, ¡obreros y estudiantes! Pero eran otras condiciones. Eran las mismas palabras pero eran otras las consignas. Y se siguió avanzando, y esa consigna se transformó en el movimiento de hoy, en la unidad de obreros y estudiantes con otro contenido.

¿Quién puede tener "saudades" de 1958 en 1965? ¿Quién puede plantearse como "tarea" volver a 1958 y saltarse las luchas por Cuba, la conmoción universitaria, la unidad y desarrollo del movimiento obrero, la maduración revolucionaria del estudiantado universitario? ¿Quién puede creer que su "tarea" es la vuelta del carro de la historia? Así parecen añorarlo algunos empeñados en revitalizar el tercerismo y andar de espaldas al tiempo que corre.

En el plano ideológico, el tercerismo expresaba un doble fenómeno, la inquietud antimperialista de las capas medias pero aprovechada a veces por las clases dominantes, torcida a veces por otras corrientes, refractada por la confusa teoría que pretende una victoria de una revolución latinoamericana opuesta al sistema socialista mundial. Pero cuando no se habían extinguido todavía los ecos de la arenga tercerista, Fidel Castro nos vino a demostrar que la revolución latinoamericana era una revolución que integraba a Cuba al sistema socialista, que expresaba la unidad objetiva de la revolución latinoamericana con el sistema socialista mundial, e indicaba que la revolución democrática y antimperialista si quería

culminar su curso debía transitar obligatoriamente por los caminos señalados por el proletariado, llegar hasta sus últimas consecuencias y transformarse en revolución socialista. Tampoco en lo internacional nadie puede evocar nostálgico el pasado. Ha crecido el papel de la revolución socialista, ésta extendiéndose a nuevos estados. En Latinoamérica, esa gran llama revolucionaria que Cuba avivó con su ejemplo, estremece el Continente y arde en formas diversas de combate. Es el ardor del guerrillero guatemalteco, venezolano, colombiano o del Perú, es el combate en la clandestinidad, es el despertar de las grandes masas, es una revolución que está empleando todas las formas de la lucha, las pacíficas y las armadas, las propagandísticas y las violentas, la labor clandestina con las formas legales, el Parlamento y el fusil; es la revolución que ofrece el muestrario vivo de los caminos del pueblo de acuerdo a las circunstancias, al terreno en que el enemigo plantea la lucha, a las posibilidades de triunfo.

¡Cómo han crecido y se han acumulado también en nuestro país, las fuerzas de la clase obrera y el pueblo! ¿Quién puede decir, a pesar del triunfo ubedista del 62, que es indiferente a las evidentes adelantos del proceso de la revolución, al espectáculo del estudiante unido al obrero, a la unificación de la clase obrera en su Central, al frente común de la Convención Nacional de Trabajadores, del Congreso del Pueblo, al estrangulamiento de la ORIT, al nacimiento de una nueva conciencia, a la incorporación del empleado público a la vida gremial, al agrupamiento de obreros y empleados de los entes autónomos, a la frecuencia de la huelga política, de la pugna reivindicativa, solidaria, de las demostraciones y los paros generales por Cuba o contra el golpe de estado?

Cualquiera que no sea miope o que no cierre deliberadamente los ojos podrá ver que la revolución transita en lo profundo de nuestro pueblo, aunque no haya alumbrado todavía una plena madurez ideológica en la mayoría de la clase obrera, aunque todavía no se traduzca en fuerzas capaces de trastocar el proceso social y de llevar el pueblo al poder.

¹ Ver H. P. Agosti, "Nación y cultura" (Ed. Procyón, B. Aires, 1959). "La expresión de los argentinos" en "Cuaderno de Bitácora" (Ed. Lautaro, 1949, B. Aires). "Echeverría" (Ed. Futuro, B. Aires, 1951).

² José Carlos Mariátegui, "Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana" (Editorial Universitaria, Lima. Todas las citas corresponden al ensayo acerca del Proceso de Instrucción Pública).

³ Mariátegui podría incluirse en esta nómina (que ejemplifica y por lo tanto no es total, no pretende adjudicar precedencias) aunque él mismo dijera en una sintética autobiografía: "... soy un autodidacta. Me matriculé una vez en letras en Lima, pero con el solo interés de seguir el curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extrauniversitario". ("Mariátegui y su obra", por Jorge del Prado. Ed. "Nuevos Horizontes", Lima, 1946, p. 17).

⁴ Obrero ¿te acuerdas de las estudiantes
de sus sobrias chaquetas, de sus tocas,
de sus ojazos de febril mirada?
¡Cuántas esperanzas en aquellas muchachas valientes pusimos,
en la violencia de sus tesis,
en el calor de sus gritos!
mejoras de jornal, emancipación de su sexo,
amor libre; ¡qué miedo pasaban sus pobres mamás!
Obrero después las he visto, con sus maridos tus patrones;
llevaban vestidos de moda y al pagar hacían regateos sórdidos.

Revientan de trabajo a sus criadas, y dicen
"el sueldo por franco ¡qué robo!"
y murmuran y se apasionan en sus salones Luis XVI
discutiendo el color y las formas
de un mantelillo de mesa de té.

⁵ M. Benedetti, "Gracias por el fuego". Ed. Alfa, Montevideo, 1965.

⁶ Lenin define las *Clases Sociales* de este modo: "Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social". ("Una gran iniciativa", Obras Escogidas en tres tomas, t.3. Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 242).

⁷ *Boletín Uruguayo de Sociología*, Montevideo, Octubre de 1964. Año IV. Nos. 6 y 7.

⁸ Id., págs. 74-75.

⁹ Id., pág. 75.

¹⁰ G. Germani. "La Sociología en la América Latina", Ed. Universitaria, B. Aires.

¹¹ Es necesario distinguir entre las leyes generales del desarrollo social y aquellas que son propias de cada formación social. Por ejemplo, la ley de la necesaria correspondencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción o aquella que señala al modo de producción como el factor determinante del proceso social, son leyes de carácter general. Inclusive la afirmación de Marx y Engels de que la lucha de clases es el motor de la historia posee validez para casi todas las formaciones sociales, salvo el comunismo primitivo o la sociedad en que el socialismo está construido plenamente.

¹² La definición de fuerzas productivas comprende a las herramientas y al hombre que las maneja, pero incluye desde los hábitos de trabajo hasta las capacidades técnico-culturales adquiridas.

¹³ Sería muy interesante poder comprobar: a) el carácter y la función del docente desde la Edad Media hasta las universidades burguesas; b) cómo crece en dependencia del proceso social, la cantidad de personas dedicadas especialmente a esta tarea, y que a veces se continúa de padres a hijos.

¹⁴ Empleo la palabra en la acepción de "conservar" un régimen determinado frente a las fuerzas de la revolución.

¹⁵ Citado según texto inserto en la conocida recopilación de G. del Mazo: "La Reforma Universitaria" (Círculo de Medicina, B. Aires).

¹⁶ Lenin: "La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo", pág. 70. Ed. Leng. Ext., Moscú.

¹⁷ Alfredo L. Palacios: "La Reforma Universitaria". Recopilación de trabajos de diversos autores.

¹⁸ Agosti en "Para una política de la cultura" escribe: "Los intelectuales viven en un mundo de contradicciones de clases, y su principal contradicción social (particularmente en ciertas categorías, como los escritores y los artistas, en grado menor los abogados y cada vez menor los ingenieros y los médicos) deriva del carácter individual de su producción, es decir, de su falta de integración en el sistema de producción capitalista. El capitalismo suele hacer de esto un mérito ideológico, una especie de "superioridad" o de "autonomía" social que muchos intelectuales aceptan buenamente, y hasta subliman en expresiones de fastuosidad que los presupone convertidos en miembros de una élite espiritual. Pero si queremos descubrir

exactamente nuestro campo y nuestros medios, debemos percibir que entre toda esa literatura se desvanece la nota típica del trabajo intelectual dentro de las relaciones creadas por la economía capitalista. El trabajo intelectual es precisamente una de las categorías sociales que documentan la distinción entre trabajo "productivo" y trabajo "improductivo". La utilidad del trabajo intelectual, o su valor de uso para la comunidad, nada tiene que ver con la productividad que se asigna la sociedad capitalista, y ello constituye una de las monstruosidades antihumanas del régimen social en que vivimos; la productividad comienza en el instante mismo en que el trabajo intelectual produce ganancias al capitalista que lo compra" (pp 14-15) Ed. Procyón, B. Aires, 1956.

¹⁹ En un trabajo de los universitarios comunistas de Argentina -editado a mediados de 1965- que llegó a nuestras manos después de efectuada esta exposición, se distinguen principalmente y se analizan dos contradicciones en el proceso universitario; una de carácter político, otra, de índole pedagógica.

"La base de la contradicción política consiste en que no existe correspondencia, sino creciente antagonismo entre los grupos que detentan efectivamente el poder político (oligarquía terrateniente y sectores del capital nacional vinculados al imperialismo) y el conjunto de estudiantes, graduados y docentes, en relación al lugar que unos y otros ocupan en el proceso social de producción material e intelectual. Esta afirmación general no debe entenderse como excluyente de la indudable presencia de representantes de aquellos "factores de poder" en el seno de la Universidad.

La naturaleza de esta contradicción consiste en que no hay correspondencia, sino creciente antagonismo, entre los objetivos políticos y culturales de las clases gobernantes y el comportamiento real de la Universidad como órgano social. La Universidad aparece cada vez más nítidamente como un instrumento de fractura de la hegemonía cultural a que aquellos grupos dominantes aspiran.

El desarrollo de esta contradicción presenta una tendencia definida: la mayoría del estudiantado y de los graduados, así como gran parte de los docentes, expresa crecientemente el propósito de poner la Universidad al servicio de intereses nacionales concretos y de rechazar la presión que sobre ella ejercen los factores de poder" (p. 14).

Al referirse a la contradicción pedagógica, los autores aluden al enfrentamiento entre la ideología dominante (de las clases dominantes) más la influencia del imperialismo, y la existencia de una población universitaria inclinada mayoritariamente hacia el lado democrático y patriótico. Pero "preferentemente" ellos destacan esa "contradicción pedagógica" "en el plano científico-técnico"; "entre los intereses objetivos de la gran mayoría de los docentes e investigadores y la concepción que algunos de ellos tienen sobre las relaciones entre el progreso científico-técnico y el desarrollo general de la sociedad".

"...si la contradicción política opera principalmente en las relaciones externas de la Universidad, oponiéndose a los intereses dominantes y acelerando el proceso de su inserción en la lucha democrática general. La contradicción pedagógica actúa principalmente en el orden interno de la Universidad oponiéndola parcialmente a las exigencias del progreso científico y frenando su contribución a la formación de una nueva cultura". ("La Universidad y la Revolución Antimperialista" Ed. Com. de Propaganda de la Capital Federal, Partido Comunista Argentino).

²⁰ La definición del movimiento de Reforma Universitaria, de sus causas económico-sociales y políticas, es ya cosa juzgada, no existen dos opiniones. Coinciden los exégetas que lo evocan en una postura acrítica, según una concepción idealista de la historia y los que ya entonces afrontaron, audazmente, la tentativa de una interpretación marxista de este singular acontecimiento histórico iberoamericano. Julio V. González ("La Reforma Universitaria" en 2 Tomos, Ed. Sagitario, 1927, Buenos Aires) sitúa en la crisis de postguerra, en la irradiación

de la revolución rusa (el mismo González escribe acerca del bolchevismo de un modo positivo, pero descubriendo en él una "esencia mística" propia al "alma rusa", pp. 161-179 del T II) y en el ascenso irigoyenista, las causas y el clima de la Reforma. En su trabajo de 1932 (Revista "Cursos y conferencias", Buenos Aires -dirigida por Aníbal Ponce-) Agosti escruta las raíces de clase del movimiento a través de una compulsa polémica de sus principales documentos. Vuelve sobre el tema en otros numerosos ensayos.

Mariátegui en sus "Siete Ensayos..." insiste -con citas de Julio V. González, J. L. Lanuza y M. Hurtado de Mendoza- acerca del papel de la pequeñoburguesía en el movimiento. Claro está, hoy se puede decir que en el movimiento participaron tres alas: una, de evidente definición nacionalburguesa, otra -llena de matices- pequeñoburguesa, y una reducida -aunque rica en personalidades- influida por el marxismo y que finalmente se define como marxista-leninista. En el primero de sus dos tomos de "Retorno a la alborada", Raúl Roa relata -ardoroso testigo entonces, era uno de los adolescentes que el movimiento alucinaba- la "revolución universitaria de 1923" en Cuba. Escucha a Julio Antonio Mella:

"Aquella arenga abría sin duda, un nuevo capítulo de la vida cubana. La primera hornada de nuestra generación, violentamente sacudida por las revoluciones de la postguerra, el despertar de los pueblos hispanoamericanos y la dramática situación de Cuba, afirmaba su decidida voluntad de derribar a los 'ídolos del foro' y de 'trasmutar todos los valores'. Su símbolo no era Ariel. Su símbolo era el Ángel Rebelde. Aquella hornada de nuestra generación no sólo pretendía dotar a la república de una Universidad a tono con el 'nuevo espíritu' y con el progreso científico: aspiraba, además, a darle a la nación la perspectiva política, económica, social y espiritual que demandaban los tiempos. A partir de ese instante, la problemática cubana quedó planteada en términos antagónicos al tradicional fulanismo de moderados, liberales, conservadores y populares. Y comienza, con la vaguedad e inmadurez típicas de un pueblo sin economía propia, reducido socialmente a la servidumbre, sin educación política y espiritualmente desorientado, la pugna -todavía inconclusa- por la transformación de la estructura colonial de la república, que asumirá carácter inconfundible y singular estilo en el plano de las ideas, los objetivos y los métodos". (p. 234). P. González Alberdi ha sido uno de los que estudiaron con más detenimiento las causas económico-sociales de la Reforma. (Entre sus varios trabajos, recordamos "En alto la bandera de la Reforma Universitaria", Ed. Anteo, Buenos Aires, 1943). Y no es posible olvidar la labor de Giúdice al respecto. En un interesante libro que leíamos en 1958 o 1959, y con el que no volvimos a ponernos en contacto, Giúdice investiga las relaciones entre los problemas ideológicos, científicos, técnicos y filosóficos en la Universidad.